

Saltaditos: un domingo sí y el otro no, así empezaron mis muertos, sin ninguna disciplina, fin de semana por medio y otras veces dos seguidos, sorprendiéndome sin falta en los lugares más extraños: tumbados en los paraderos, en las cunetas, en los parques, colgando de los puentes y de los semáforos, flotando rapidito Mapocho abajo, en cada rincón de Santiago aparecían los cuerpos dominicales, cadáveres semanales o quincenales que yo sumaba metódico y ordenado, y la cifra crecía como crece la espuma, la rabia, la lava, subía y subía aunque justamente sumar fuese el problema, porque no tenía sentido subir si todos saben que los muertos caen, culpan, tiran, como este muerto que encontré tirado en la vereda justo hoy día, un muerto solitario esperando muy tranquilo que yo llegara, y de casualidad nomás yo iba paseando por Bustamante, buscando algún sucucho donde tomarme unas cervezas para capear tanto calor, este calor pegajoso que derrite hasta los cálculos más fríos, en eso estoy, desesperado por un tugurio para refrescarme, cuando veo en la esquina con Rancagua a uno de mis muertos revoltosos, todavía solo y tibio, todavía indeciso entre quedarse a un lado o lanzarse al otro, ahí me esperaba vestido con la ropa equivocada, abrigadito con gorro y chaleco de lana, como si la muerte habitara el invierno y él tuviese que visitarla preparado, en una esquina yacía mi muerto con su cabeza caída hacia delante, y yo me acerco rápido para mirarle bien los ojos, me agacho y sujeto su cara para sorprenderlo, pesquisarlo, para poseerlo, y entonces me doy cuenta de que no hay ojos en su cara, no, solo unos gruesos párpados que lo esconden, unos párpados como murallas, como capuchas, como alambradas, y me pongo nervioso pero inspiro hondo y me contengo, exhalo, me acuclillo y lengüeteo mi dedo gordo, lo mojo completito y lo acerco con cuidado hasta su cara, y con calma elevo su párpado endurecido, despacito descorro el telón para espíarlo, para embestirlo, para restarlo, sí, pero un miedo horrible me picotea el pecho, un terror que me paraliza, porque el ojo se empantana de un líquido que no es azul, ni verde, ni castaño, es un ojo negro el que me observa, un ojo de aguas estancadas, una pupila empañada por la noche, y yo caigo en el fondo de sus órbitas y me veo clarito en el iris sombrío de ese hombre: ahogado, derrotado, roto en esas fosas que al menos me ayudan a entender la urgencia, porque este muerto es un anuncio, es una pista, es una prisa, veo mi cara enterrada en su cara, mis ojos contemplándome desde sus cuencas

y entiendo que debo apurarme de una vez por todas, aplicarme para llegar a cero, sí, y justo cuando recupero la calma y me preparo, cuando tomo mi libretita para anotarlo, oigo a lo lejos el ulular insoportable, la ambulancia acelerando enfurecida, obligándome a restarlo rápido, de sopetón, eliminarlo, porque agregar siempre fue el problema y sumar la respuesta equivocada: ¿cómo igualar la cantidad de muertos y las tumbas?, ¿cómo saber cuántos nacemos y cuántos quedamos?, ¿cómo ajustar las matemáticas mortales y los listados?, sustrayendo, descomponiendo, desgarrando cuerpos, eso es, usando la aritmética del fin de los tiempos, para así, de manera rotunda y terminal, amanecer el último día, apretar los dientes y restar: dieciséis millones trescientos cuarenta y un mil novecientos veintiocho, menos tres mil y tantos, menos los ciento diecinueve, menos uno.

()

Esa noche cayeron cenizas o tal vez no. Quizás el gris no sea más que el trasfondo de mis recuerdos y todo lo que se desató esa noche fue una llovizna tenue y una gran fiesta, una garúa porfiada y el nudo que amarraba esa memoria a los demás hilos de mi infancia.

El sol ya se había puesto y el torbellino de abrazos y besos, de quégrandestás, cómpasael tiempo, se había calmado al caer la tarde. Yo tenía una misión muy clara: escuchar el sonido del timbre, comprobar los pulgares manchados de tinta y abrir la puerta si correspondía. Tan en serio había asumido el mandato de mi madre (esa tarea *clave*, diría ella), que me pareció necesario despedir a mis Barbies, enterrarlas para siempre en el jardín y transformarme por fin en la guardiana de la casa. Ya estaba grande; yo sería la encargada de custodiar la puerta, pensé mientras las hundía en el barro, ignorando que poco después se las regalaría, negras de tierra, a Felipe.

Fielmente desempeñé mi papel de vigilante, recibiendo a una marejada de invitados en igual medida eufóricos y ansiosos, que después de dudar ante la reja (el barro, los matorrales, la insistencia de las malezas en el suelo), se perdían en el festejo que estallaba al otro lado de las ventanas. Todo esto lo recuerdo bien pero sin rastros de nostalgia. Recuerdo el olor húmedo del barro, los maquis ovalados sobre mi lengua, la tierra endureciéndose en mis rodillas (volviéndome tirante, volviéndome de piedra). Son imágenes sacudidas de polvo, despojadas de añoranza. He logrado domesticar mi nostalgia (la mantengo atada a un poste, lejos) y, además, yo no escogí guardar este recuerdo. Fue un cinco de octubre de 1988, pero no fui yo, sino mi madre, quien decidió que esa noche no la olvidaría.

Ya era tarde cuando vi a tres desconocidos acercarse hasta la reja. Dos gigantes y una mediana que demoraron más de la cuenta en encontrar el timbre y comenzaron a corear un nombre equivocado, Claudia, Claudia, con cierto temor lo pronunciaban, revisando nerviosos si los seguía alguna sombra a sus espaldas. La del medio fue la única que permaneció muda y quieta. Su pelo rubio, su cara de hastío y un chicle saltando de un lado a otro en su boca la delataron como la niña que mi madre había anunciado esa misma mañana (arréglate, saluda, espérala, sonríe). Ella ni siquiera levantó la vista cuando abrí. Inmóvil: los ojos fijos en la punta de unas alpargatas blancas, las manos hundidas en los bolsillos de unos jeans gastados y unos audífonos envolviéndole las orejas bastaron para

conquistarme. A su derecha la escoltaba un hombre rubio y barbón que apoyaba una mano sobre su cabeza (hundiéndola, enterrándola). Y a su izquierda, erguida como un álamo espigado, una mujer muy seria me escudriñaba, su cara familiar aunque distante, pensé, como salida de una vieja foto, de una película, pero me interrumpió antes de que consiguiera reconocerla. Esta es la Palomita, dijo indicando a la mediana, empujándola para que atravesara la reja de una vez. Y tú debes ser la Iquela, ¿no?, abrázala (abrázame), ordenó la mujer forzando ese gesto que Paloma y yo acatamos obedientes, fingiendo conocernos, reencontrarnos (fingiendo la nostalgia hambrienta de nuestros padres).

Mi primera impresión de Paloma fue la de una estrella de rock. Se negó a moverse del pasillo cuando entramos a la casa y sus padres no intentaron convencerla, desaparecieron en un carrusel de abrazos, de tantotiempo, nolopuedocreer, llegó la Ingrid, y casi sin darnos cuenta, ella y yo nos quedamos solas: dos estatuas impávidas ante el desfile de invitados que circulaban indecisos entre el living y la cocina, entre la cocina y el comedor, entre el entusiasmo y el miedo. Ella escuchaba música y no parecía importarle otra cosa que lo que sucediera a sus pies, donde su talón marcaba el ritmo de una melodía agitándose de arriba abajo rabiosamente. Uno, dos, silencio. Uno, dos. Yo no sabía qué decirle, qué hacer para interrumpirla o para sobreponerme a la timidez que ya me había dejado casi sin uñas en los dedos. Estaba acostumbrada a pasar mi tiempo con los grandes y su presencia misteriosa, anunciada por mi madre como vaticinando la llegada de un ángel o de un marciano, me había mantenido en ascuas todo el día. En riguroso silencio, de seguro arrastrada contra su voluntad a esa aburridísima fiesta, todo lo que me ofrecía Paloma era el repiqueteo de su talón contra el piso, la única pista de su música, pensé, y acerqué uno de mis pies a los suyos, agitándolo apenas hasta acoplarme a ese coro silencioso. Ella percutía dos veces y yo otras dos. Al cabo de un rato, cuando casi bailábamos sin movernos, ella se detuvo; ambas nos detuvimos. Paloma se irguió frente a mí (diez, tal vez quince centímetros más alta), tomó mi mano, giró mi palma hacia arriba y me entregó sus audífonos. Póngatelos, dijo con un acento trabado y una voz extraña. Póngatelos y presione play, insistió sin dejar de masticar ese gusano aplastado y blancuzco. Ella misma envolvió mis orejas con las almohadillas negras y me indicó con un dedo sobre sus labios que no hiciera ruido y la siguiera. Y yo caminé cerca, lo más cerca posible de su cuerpo, hipnotizada por el bretel sedoso que asomaba por una esquinita de su hombro, la punta de su trenza como un anzuelo en su cintura, y esa música que nacía de un rincón de mi cabeza: una guitarra, una voz, los alaridos más tristes del mundo.

Intentando a toda costa pasar inadvertidas, Paloma y yo entramos al comedor en puntas de pie. Copas, vasos, una montaña de diarios, panfletos y una radio a pilas cubrían el ancho y largo de la mesa donde mi padre y el suyo se palmoteaban las manos, las caras, como si necesitaran comprobar que sus nombres y sus cuerpos coincidían. En la radio, el programa que mis padres escuchaban cada noche estaba a punto de empezar, el maniático redoble de tambores y el mismo estribillo abriendo el sinfín de malas noticias (la banda sonora de aquellos años, la interminable época de los tambores). Le expliqué a Paloma que la radio no era antigua, usaba pilas para que estuviéramos preparados, para que no nos sorprendiera un corte de luz. Para los apagones, Felipe y yo jugamos a la noche, murmuré acercándome a su oído. Jugamos a desaparecer, le dije. No supe si Paloma no me escuchó o solo fingió que no me oía. Se alejó de mí y empezó a cotejar copas y vasos, levantándolos, llevándolos hasta la punta de su nariz y rechazándolos con una mueca de asco. Solo dos sobrevivieron a su implacable selección y quedaron frente a nosotras. ¿Vino blanco o vino rojo?, preguntó entonces con su voz áspera. Rojo, contesté (¿había dicho *rojo* realmente?, ¿se desvanece el recuerdo si olvidé mi respuesta?).

Paloma me entregó la copa de vino y eligió un vaso de whisky para ella. Es delicioso, susurró revolviendo con su dedo índice los hielos. Tómalo, dijo, toma el vino, ¿o acaso no te gusta, Iquela?, ¿cuántos años tienes?, preguntó sin pestañear, y noté miles de pecas clavadas en su cara y bajo sus cejas unos ojos tan azules que me parecieron falsos. Ojos de plástico. Ojos de mentira que me juzgaban, me descubrían. Ella sonrió con una risita adiestrada, un mostrar los dientes mecánico, sin reír, escupió el gusano sobre la palma de su mano y lo amasó hasta convertirlo en una bolita entre su índice y su pulgar. Tú primero, dijo indicando mi copa. Te toca a ti, insistió sin dejar en paz esa masa cada vez más tiesa y redondeada. Yo respiré hondo, cerré los ojos, e inclinando mi cabeza hacia atrás, me tragué todo el vino de un tirón. Uno, dos, tres sorbos interminables. No pude contener un escalofrío y abrí los ojos. Paloma se terminaba su whisky sin que se le moviera un solo pelo. Uno de los hielos crujió entre sus dientes y ella abandonó el vaso sobre la mesa, satisfecha, como si nada. Ahora sí sonreía.

Interrumpiéndose, paseando frenéticos de un lado a otro, los invitados hablaban cada vez más fuerte, más rápido, cada vez más ruido y menos palabras. La radio se imponía entre sus voces: segundo recuento de votos. Mi madre se movía nerviosa, yendo y viniendo. Qué piensan, preguntaba al vacío, a cualquiera que quisiera contestar. Si acaso los milicos respetarían la elección, si querían

otro trago, más hielo, más volumen a la radio, y luego soltando unas carcajadas metálicas, una risa que recuerdo muy bien. No podía creer que mi madre se riera de ese modo, sus alaridos estridentes, la ranura de su boca abierta (dientes blanquísimos a la orilla de un barranco). No quería que Paloma la viera así. Quise acercarme a ella, decirle madre, te quiero mucho, mucho, cállate, te lo ruego, cállate, por favor. Pero los tambores de la radio aplastaron su risa, o sus carcajadas se convirtieron en esos tambores que advertían el momento de callarse, de ponerse serios y escuchar los cómputos, escrutados el setenta y dos por ciento de los votos.

Terminado el informe de las noticias, cuando ya no quedaba alcohol sobre la mesa, Paloma anunció que quería fumar. Tomó mi mano y me condujo por el pasillo. Recuerdo que nos tambaleábamos. Me recorría una excitación nueva, un mareo ligero y feliz que Paloma interrumpió a los pocos pasos. ¿Y tus cigarros?, preguntó con sus erres trabadas, apretando mi mano y contemplándome con esos ojos que me obligaron a callar y obedecerla.

La llevé al dormitorio de mis padres, al fondo de la casa, donde apenas nos alcanzaban algunos ruidos de la fiesta. Tranquila, sin siquiera revisar a sus espaldas, Paloma entró y empezó a escudriñar hasta el último rincón. Yo, en cambio, apreté los párpados y cerré la puerta (cerrar los ojos para cerrar el mundo, para no ser vista). Cuando los abrí, Paloma esperaba inquieta. ¿Y? Le indiqué el velador. Allí guardaba mi madre sus cigarros, los fósforos y las pastillas que tomaba algunas veces, alguna mañana nublada y sin falta las noches de apagón. Quedaba solo un cigarro en la cajetilla de Barclays, pero Paloma abrió el cajón, lo revolvió y descubrió enseguida un paquete nuevo. Tomó también una tira de pastillas y todo desapareció al interior de una carterita roja que surgió como por arte de magia colgada de uno de sus hombros (porque ese tipo de cosas sí se recuerdan bien; el brillo hiriente de una cartera roja).

El piso comenzaba a moverse bajo mis pies, el vaivén perezoso de un naufragio que yo sorteaba un poco asustada, feliz y al mismo tiempo asustada de llevar a Paloma zigzagueando por la casa. Cruzamos juntas el pasillo y el living, y juntas dejamos atrás el murmullo de las voces y los nuevos cómputos, escrutados el ochenta y tres por ciento de los votos. Sostuve su mano con todas mis fuerzas y la llevé afuera, lejos de donde su papá y el mío se gritaban (su papá se había levantado del sillón y el mío se escondía tras esos anteojos que le partían la cara en dos). Apoyado contra la pared, cada vez más lejos de nosotras, mi papá golpeaba su copa con el filo de un cuchillo. Tin tin tin. Silencio. Tin tin. Como si ese tintineo lo protegiera de la furia que el alemán, el papá de Paloma,

parecía haber pulido durante años para lanzarla en ese momento. Un minuto de silencio, gritó mi papá y consiguió una pausa, un paréntesis que aprovechó para brindar por un listado de desconocidos, una seguidilla de personas con dos nombres y dos apellidos (como solían ser los nombres de los muertos).

Cerré a mis espaldas la puerta vidriada que llevaba a la terraza y por un momento nos quedamos calladas y a oscuras (¿caían cenizas?, ¿llovía?). La luz se había cortado y los grandes recién notaban la oscuridad: apagón, un cadenazo, súbanle el volumen a la radio a pilas (y yo pensaba en mi madre y sus pastillas, sus pastillas). Paloma encendió una vela y sacó de su cartera el paquete de Barclays. Fumemos mejor, dijo sin conseguir pronunciar la erre pero desatando prolijamente la cinta que envolvía la cajetilla. Arrancó el papel dorado del interior, lo tiró al suelo y le dio unos golpecitos a la caja con la palma de su mano. Dos cigarrillos asomaron por el borde. Yo sostuve el mío entre el índice y el dedo medio, imitando a mi madre cuando fumaba. Paloma, en cambio, llevó el paquete hasta su boca, sujetó el filtro con sus labios y arrastró el cigarro hacia ella como si se tratase de un objeto muy frágil. Luego, inclinando su cara, rozó la punta del cigarro con la llama de la vela. Una profesional. El fuego iluminó los ojos y ella aspiró, entrecerrándolos (ojos rojos, pensé, ojos tintos). El tabaco se encendió y un humo blanco y compacto quedó suspendido a milímetros de sus labios. La miré fascinada, celosa, informados el ochenta y ocho por ciento de los votos, mientras nacía de su boca esa niebla que se desvaneció enseguida a su alrededor.

No pude con mi admiración. Le pedí que me enseñara. Cómo había aprendido, desde cuándo fumaba, cómo hacía para no toser. ¿No has fumado nunca?, preguntó ella aspirando de nuevo. Pero seguro sí has probado estas pastillas ¿no?, dijo sacando una de las cápsulas de su caja y apoyándola sobre su lengua, donde aún se arrastraban unos restos de humo. Sentí un malestar en mi estómago; un ardor en mi pecho, en mi cara. Le contesté que no, claro que no había fumado, es un asco, dije concentrándome en un punto fijo en el suelo, un punto distinto al que ella había visto cuando entró a la casa y buscaba en la tierra algo más allá de sus alpargatas, de mis pies, del barro, de mí misma, un secreto que yo no fui capaz de descubrir. Le advertí que se le iban a poner los dedos negros, la piel opaca y los dientes amarillos. Esas pastillas eran de mi mamá, para las mañanas grises, para las noches de apagón. Ella me ignoró. Me contó que fumaba cada mañana antes de entrar al colegio, en Berlín, con sus amigas. Yo no sabía dónde quedaba Berlín, pero la imaginé regando esas volutas de humo en un bosque enorme y verde claro, y la odié.

Dentro de la casa había vuelto la luz y la radio rugía para enmudecernos. El papá de Paloma gritaba fuera de sí, enarbolando su dedo en dirección a mi papá: ¡hocicóndemierda, cagón, tú no brindas por nadie, hijodeputa! Mi madre entraba en ese momento al living y al verlo gritar tomó una copa cualquiera, la rellenó, y se acercó con ese vaso por delante, como protegiéndose con el vidrio, imponiendo una distancia vidriada entre ellos, rogándole con ese vino rojo que se calmara, por favor, no vale la pena, Hans, tomémonos un trago y celebremos las buenas noticias, para qué ahora, para qué después de tanto. Es un día especial, dijo obligándolo a aceptar la copa y consiguiendo domar el dedo exaltado: hay cosas sobre las que es mejor no hablar. La mamá de Paloma observaba quieta desde el sillón, asintiendo con una expresión que me pareció extraña, como si solo en medio de los gritos, de las cifras, como si solo en el centro de la rabia, reconociera a mi madre verdaderamente (a Claudia, a Consuelo, eso no lo sabría). Mi papá, en cambio, seguía cabizbajo y mudo. Parecía querer decir algo, fumarse un cigarro, escuchar música hasta caer dormido (las puntas de sus pies destapadas, el seseo de la estática televisiva), pero el alemán volvió al ataque, bocón de mierda, mientras la voz de mi papá seguía atrapada (y yo quise abrazarlo, salvarlo de lo que fuera). Entre Paloma y yo se abrió un silencio nuevo, una pausa que rompí cuando ya no pude evitar los gritos. Yo también quiero fumar, dije, escrutados el noventa y tres por ciento de los votos. Yo también me quiero ir, agregué sin saber que esa promesa se mantendría intacta tantos años.

Paloma le dio la espalda al ventanal, tomó la cajita de fósforos y acercó a mi boca uno ya encendido. Mejor fuma, dijo (fumemos, diría después). Es importante, insistió, agitando un cigarro entre sus labios. Yo asentí queriendo preguntarle cómo se hacía, si me dolería el pecho, si el humo quemaba, si me ahogaría por dentro. Pero la llama ya se extinguía frente a mí y no me dio tiempo para preguntas.

Aspiré hondo y sin pensar.

Aspiré y mi garganta se cerró como un puño.

Aspiré cuando se abría la puerta y salía mi madre, buscándome.

Paloma dio un salto, alejándose de mí.

Escondí el cigarro detrás de mi espalda y por un segundo, mientras mi madre avanzaba, logré contener el humo y la tos. Mi madre se puso en cuclillas y me miró fijo (y el humo en mi pecho enloqueció buscando salidas). Me abrazó y me estrechó con fuerzas (y los votos escrutados eran miles y el cigarro quemaba entre mis dedos y el gigantesco papá de Paloma se acercaba rápido hacia

el mío y el humo empujaba buscando su fuga). Mi madre me sostuvo los hombros, enterró sus uñas en mi piel y me habló entre resoplidos, su voz quebrándose como las ramas de un árbol muerto: Iquela, mi niña, no te olvides nunca de este día (porque no debía olvidar nada, nunca).

Jamás te olvides, repitió, y la tos estalló seca adentro mío. Subió y me estremeció hasta dejarme totalmente vacía.

El aire se había vuelto áspero como el vino, los maquis, las erres. Un aire compacto, un cielo cerrado. Paloma volvió a acercarse cuando mi madre se había ido, me acarició la espalda, la palmoteó un par de veces y puso tres pastillas sobre la palma de mi mano (tres blanquísimos puntos suspensivos). Ella eligió otras tres que desaparecieron en su boca. Tómatelas, dijo como invitándome a un rito secreto. Tómatelas ahora, insistió, y yo lo hice ya sin dudarlo mientras Paloma sostenía mi cara entre sus manos. Me las tragué pese a su amargura, pese al temor, mientras ella se acercaba y sus ojos se cerraban (cientos de pares de ojos que no me veían). Yo cerré los míos queriendo jugar al apagón, a la noche, a desaparecer. Los cerré e imaginé esos interminables bosques envueltos en la niebla que brotaba de su boca. El beso entonces fue inesperado. Un beso de unos pocos segundos, ni corto ni demasiado largo, apenas suficiente para que Paloma y yo viéramos el momento justo en que su papá le pegaba al mío, justo cuando arremetía la tos para acallar el último recuento de votos, justo cuando mi madre abrazaba a otra persona para que tampoco se olvidara de ese día.